

Dr. Tiberius Rata, Teología del Antiguo Testamento, Sesión 8, Dios como sustentador del pacto y Dios como dador de salvación

© 2024 Tiberius Rata y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. Tiberius Rata en su enseñanza sobre la teología del Antiguo Testamento. Esta es la sesión 8, Dios como sustentador del pacto y Dios como dador de salvación.

Hoy vamos a hablar sobre Dios como sustentador del pacto y Dios como dador de salvación.

La Biblia enseña que Dios no es solo un hacedor de pactos, sino que es el sustentador de los pactos. Les daré tres ejemplos de los pactos de los que ya hablamos. Por ejemplo, en el pacto abrahámico, Dios le hizo promesas a Abraham.

Hablamos de grandes nombres, grandes naciones y grandes tierras, pero también había condiciones, obligaciones, como quiera llamarlas. Vemos que Abraham y los que le siguieron rompieron algunas de estas obligaciones o condiciones del pacto. En el capítulo 17, versículo 1, Dios le dice a Abraham: Anda delante de mí y sé irreprochable.

¿Abraham era inocente? No. Esto nos recuerda por qué JA Sanders dijo que los personajes bíblicos no son retratos de la moralidad, sino espejos de la identidad. Podemos vernos reflejados en ellos.

Vemos que, incluso antes, en el capítulo 12, Abraham miente acerca de que Sara es su hermana, y ahora, en el capítulo 20, lo vuelve a hacer. Cada vez, lo que vemos es que es Dios quien interviene en nuestro caos para sostener el pacto. Entonces, se le aparece a Abimelec e interviene en el caos que Abraham ha creado.

Así, vemos que Dios no es sólo el Dios que hace el pacto, sino que es el sustentador de ese pacto. Dios vino a Abimelec en un sueño de noche y le dijo: “Mira, eres hombre muerto. Si Dios te dice eso, probablemente deberías prestar atención”.

Él dice que, a causa de la mujer que has tomado por esposa, ella es la esposa de un hombre, y luego, por supuesto, Dios le perdona la vida a Abimelec. Aquí, vemos un ejemplo en el que Dios mantiene el pacto. Un segundo ejemplo tiene que ver con la circuncisión.

También, en el capítulo 17, Dios dice que la señal del pacto, en este caso, es la circuncisión. En el caso del pacto con Noé, la señal del pacto era el arco iris. En el caso del pacto con Abraham, la señal del pacto es la circuncisión.

Y, una vez más, esto no era opcional. Esto no era opcional, y lo vemos en este episodio de Éxodo 4, después de que Dios selecciona a Moisés para ser el libertador, como vemos en el episodio de Éxodo 3 con la zarza ardiente. En el capítulo 4, leemos esta perícopa muy interesante.

En el camino, en el lugar donde se alojaban, el Señor salió al encuentro de Moisés y quiso matarlo. Entonces Séfora tomó un pedernal, cortó el prepucio de su hijo y tocó con él los pies de Moisés, y dijo: «Sin duda, tú eres para mí un esposo de sangre». Moisés lo dejó en paz.

Fue entonces cuando dijo que era un esposo de sangre a causa de la circuncisión. De nuevo, tenemos el mandamiento; vemos que Moisés no lo cumple, y luego vemos que Dios interviene y lo deja solo. Y Dios mantiene el pacto tal como lo hizo anteriormente con Abraham.

Así que Dios no es sólo el Dios que hace pactos, sino también el Dios que los sustenta. Es Dios quien sustenta el pacto. Él interviene en nuestro caos.

Lo mismo ocurre con el pacto mosaico. Podemos repasar los diez mandamientos y ver cómo los hijos de Israel han quebrantado este pacto. Voy a dar sólo dos ejemplos.

No tendrás dioses ajenos delante de mí. Dios hace un pacto con ellos, y si leemos en Éxodo capítulo 24, vemos que el pacto se confirma. Yahvé dice: "Acepto", el pueblo dice "Aceptamos", obedeceremos.

Y lo interesante es que justo después de eso, los vemos adorando a un becerro de oro. Alguien lo expresó así. ¿Qué tan grave era este pecado? Este pecado del becerro de oro sería como una pareja que se va de luna de miel y en lugar de consumar el matrimonio, el esposo dice: "Oh, esta noche me voy a acostar con una prostituta".

Básicamente, esa era la gravedad del pecado. Así fue. Porque simplemente dijeron: "Sí, quiero".

Y luego los hijos de Israel van y adoran un becerro de oro. Dios le dice a Aarón quién irá delante de nosotros. Y Dios en realidad quiere destruir al pueblo.

Pero Moisés intercedió por el pueblo y la Biblia dice que Dios se arrepintió de lo que iba a hacerles. El Señor se arrepintió del desastre que había dicho que traería sobre su pueblo. Entonces Moisés se arrepintió y bajó de la montaña.

Si analizamos la historia de Israel, veremos que una y otra vez rompen este pacto. Adoran a otros dioses y básicamente cometen adulterio espiritual. En Jeremías 11, Dios le dice al pueblo cómo han roto esta parte del pacto.

"Se han vuelto a las iniquidades de sus padres, que se negaron a escuchar mis palabras, y se han ido en pos de dioses para servirles. La casa de Israel y la casa de Judá han quebrantado mi pacto que concerté con sus padres.

Por eso, así dice el Señor: "Voy a traer sobre ellos una calamidad de la que no podrán escapar. Aunque clamen a mí, no me escucharé". Y, sin embargo, es Dios quien sostiene el pacto al hacerles un nuevo pacto y al darles uno nuevo.

Y dice, ya ves, la ley escrita en tablas de piedra puede ser quebrantada. La ley escrita en pergamino puede ser quemada en el fuego. Jeremías le dio la ley al rey, el rey la arrojó al fuego.

Pero la ley está escrita en el corazón; ¿quién la puede quitar? Nadie. Así que eso es lo hermoso de la promesa del nuevo pacto. Ahora, a través del Espíritu Santo, Dios escribe la ley en nuestros corazones para que veamos que Dios siempre interviene en nuestros problemas.

Aunque rompamos el pacto, Él es quien lo mantiene. Eso fue cierto en el caso de Abraham. Es cierto también en el caso de Moisés.

Es cierto en el caso de David. Recuerden, Dios prometió un reinado perpetuo y un amor perpetuo. Pero, de nuevo, en la conversación, en la comunicación de Dios con Salomón, hubo algunas cláusulas condicionales, cláusulas muy importantes.

En 1 Reyes 6, comenzando en el versículo 11, vino palabra de Jehová a Salomón acerca de esta casa que estás edificando: Si anduvieres en mis estatutos, y obedecieres mis decretos, y guardares todos mis mandamientos, y anduvieres en ellos, yo estableceré contigo mi palabra que hablé a David tu padre, y habitaré entre los hijos de Israel, y no abandonaré a mi pueblo Israel.

Si tienes todas estas cláusulas condicionales, tenemos lo mismo en el capítulo 8. Recuerda, Dios se le aparece a Salomón no una sino dos veces. Y nuevamente, las cláusulas condicionales son muy importantes.

Ahora pues, Dios de Israel, cumple con tu siervo David mi padre lo que le prometiste, diciendo: No te faltará varón que se siente delante de mí en el trono de Israel, con tal que tus hijos guarden su conducta y anden delante de mí como tú has andado delante de mí. En otras palabras, Salomón sabe lo que Dios quiere.

Desafortunadamente, Salomón desobedece a Dios de manera constante y sistemática.

Y, por cierto, no comienza en el capítulo 11, sino en el capítulo 3, cuando se casa con la hija del faraón, lo que, por cierto, es una estrategia militar brillante.

El problema es que iba en contra de la ley de Dios que decía que no te casarías con esa gente. Y, por supuesto, del capítulo 11 de 1 Reyes. Ahora bien, Salomón, el rey Salomón, amó a muchas mujeres extranjeras, incluida la hija del faraón.

Mujeres moabitas, amonitas, edomitas, sidonias e hititas de las naciones acerca de las cuales el Señor ha dicho a los hijos de Israel: No te casarás con ellas, ni ellas contigo, porque seguramente desviarán tu corazón tras sus dioses. Salomón se apegó a ellas por amor. Tuvo setecientas esposas, príncipes y trescientas concubinas.

El problema aquí es que Dios no está hablando de matrimonios interétnicos. El problema son los matrimonios interreligiosos. Aquí dice: "Y sus esposas desviaron su corazón".

Ése es el problema. El problema no es la etnia de la persona, sino la fe de estas mujeres.

Y el pacto se rompe básicamente por la desobediencia. Pero, una vez más, vemos a Dios interviniendo, cumpliendo y sosteniendo el pacto en este caso al enviar a su hijo Jesús. Una vez más, el evangelio de Lucas muestra claramente que es a través de Jesús que se cumplen las promesas dadas a David.

Nuevamente, Lucas 2, Lucas capítulo 1, en realidad comienza en Lucas capítulo 1 en la comunicación con María. El ángel le dice a María: He aquí, concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Él será grande y será llamado hijo del Altísimo, y el Señor le dará el trono de su padre, David.

Así pues, es Jesús a través de quien Dios sostiene el pacto hecho con David. Es lo mismo que hace Pedro el día de Pentecostés cuando predica y cita algunos Salmos, y quiere que la gente entienda que no está hablando de David. Los Salmos, estas profecías no eran acerca de David sino acerca del Mesías, es decir, Jesús, y eso es lo que tenemos en el capítulo 2. Para otros, puedo decirles con confianza acerca del patriarca David que él murió y fue sepultado, y su tumba está con nosotros hasta el día de hoy.

Siendo, pues, profeta, y sabiendo que Dios le había jurado con juramento que de su descendencia sentaría en su trono a uno solo, previó y habló de la resurrección de Cristo, otra vez la palabra griega para Mesías, que no fue abandonado en el Hades ni su carne vio corrupción. Esto es lo que Dios resucitó a Jesús, y todos nosotros somos

testigos. Así que, de nuevo, vemos a Dios interviniendo, y el Dios que hace el pacto es el que lo sostiene.

Vemos esto en el caso de Abraham, Moisés y David. Necesitamos confiar y depender de este Dios que no sólo hace el pacto sino que, por su gracia, lo sostiene. Por último, necesitamos hablar de Dios como el dador de la salvación.

Verás, cuando hablamos de salvación en el Antiguo Testamento, el término primero tiene que ver con escapar de la muerte y la liberación de los enemigos, aunque tal vez no haya apuntado todavía a Jesucristo. Por eso, esto es importante, y lo vimos cuando analizamos los Salmos, por ejemplo. Así que, cuando el salmista pide salvación, pide liberación de la muerte.

En Éxodo 15, después del evento del Éxodo, en el cántico de Moisés, el cántico dice: El Señor es mi fuerza y mi cántico. Él se ha convertido en mi salvación. Bueno, ¿qué salvación? Bueno, de la muerte. Dios les permitió ir al mar y no ser asesinados por el ejército egipcio.

Así que aquí, la salvación tiene un sentido directo de salvación de la muerte. Él es mi Dios, y lo alabaré, el Dios de mi padre, y lo ensalzaré. Por lo tanto, no es idéntico; quiero que entendamos que el término salvación aquí no es idéntico al concepto del Nuevo Testamento.

Son similares; hay paralelismos entre los dos, pero no son idénticos. Salmo 14:7. Toda esa salvación para Israel vendría de Sión. Cuando el pueblo restauró la fortuna de su pueblo, Jacob se regocijó, y se alegró Israel.

Nuevamente, aquí nuevamente, se trata de la salvación de la muerte. El Señor es mi luz y mi salvación. ¿A quién temeré? Nuevamente, se trata de la salvación de la muerte. Jeremías 3, Ciertamente la conmoción de los idólatras en los collados y en los montes es engaño.

Ciertamente en el Señor nuestro Dios está la salvación de Israel. Jonás está citando precisamente los Salmos, del vientre del pez, cuando dice que la salvación viene del Señor. ¿Qué salvación? Está pensando en la salvación de la muerte, hacia la que básicamente se encaminaba.

Pero cuando hablamos de salvación, también hay un aspecto futuro. Hay una esperanza futura de salvación. Esto lo vemos en los profetas.

Israel será salvado por el Señor con salvación eterna. Bien, ahora tenemos una idea de que no solo se trata de una salvación temporal de la muerte, sino que hay una dimensión eterna y perdurable de la salvación. Nunca serás avergonzado ni deshonorado por los siglos de los siglos.

Isaías 52, 10. El Señor desnudará su santo brazo a la vista de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación de nuestro Dios. Así, en el tiempo del Antiguo Testamento, a veces Dios se valía de un ungido, un Mesías, para llevar a cabo su plan.

Bueno, en el Nuevo Testamento, ese Mesías es el Ungido, el Mesías que es Jesús. Pero la promesa de este Jesús, este Mesías, comienza en realidad en el libro de Génesis. Lo llamamos el Proto-Evangelio, el primer mensaje del evangelio.

En el lenguaje del juicio a la serpiente, Dios dice: Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la suya. Ella te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón. Y sabemos que esto se refiere a Jesús.

Hay dos pasajes claves al respecto. Uno está en Gálatas 3, 16. La promesa está hecha a Abraham y a su descendencia.

No dice a la descendencia refiriéndose a muchos, sino a uno solo y a tu descendencia, que es Cristo. Y el otro está en 1 Juan 3, 8. El que practica el resplandecer es del diablo, porque el diablo peca desde el principio. El Hijo de Dios apareció para destruir las obras del diablo.

Así pues, el aplastador de serpientes no es otro que Jesucristo, que es el Mesías. Así que estas profecías mesiánicas son muy, muy importantes porque, aunque al principio no apuntan claramente a Cristo, de nuevo, tenemos el beneficio de leer la Biblia de derecha a izquierda, por lo que sabemos cuándo se cumplen en Cristo. Y esto lo vemos claramente en el Nuevo Testamento.

El Antiguo Testamento también dice que el Mesías traerá salvación a la gente, pero no de la manera que a veces pensamos, sino que este siervo es en realidad un siervo sufriente. Y de nuevo, por eso el pueblo de Israel no siempre lo entendió, porque imaginaban un Mesías guerrero que vendría a destruir a los romanos y liberar el país. Pero en Isaías 53, se nos muestra un tipo diferente de Mesías.

Creció delante de Él como un retoño, como una raíz de tierra seca. No tenía forma ni majestad para que lo miráramos, ni hermosura para que lo deseáramos. Por cierto, esto no se refiere a Jesús en la cruz.

Aquí se habla de Jesús, de Jesús todos los días. Así que, ya saben, Él no estaba, básicamente, Su rostro no estaba en la portada de GQ. No había nada, ninguna forma, ninguna belleza.

Había tanta presión psicológica sobre Él. Recuerda cuando estaba conversando con los fariseos y Jesús dice: “Antes de que Abraham fuese, yo soy”. Ellos dicen: “No tienes ni 50 años”.

Bueno, sabemos que Él tiene unos 30 años, y sin embargo parece que tiene unos 50 o más. Vean, Él tiene esto, y cuando dice que no había forma ni majestad para que lo miráramos, ninguna belleza para que lo deseáramos, este no es Jesús en la cruz. Este es Jesús todos los días.

Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto, como uno de quien se esconde el rostro. Fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros lo tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.

Pero él herido fue por nuestras transgresiones, molido por nuestros pecados. Sobre él recayó el castigo de nuestra paz, y por sus llagas fuimos nosotros curados. Así que el Mesías traerá salvación para todos los pueblos, y al final, nos lo dice.

Por eso, yo le daré parte con los muchos, y con los fuertes repartirá despojos, porque derramó su vida hasta la muerte y fue contado con los transgresores, habiendo llevado él el pecado de muchos e intercediendo por los transgresores. Así el Mesías traerá salvación. El Mesías será humilde y traerá salvación.

Cuando Jesús entra en Jerusalén en la llamada entrada triunfal, los evangelistas citan a Zacarías: «¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Grita de alegría, hija de Jerusalén! Mira que tu Rey viene a ti, justo y salvador, manso y montado en un asno, en un pollino, hijo de asna». Aquí vemos que entra en juego el título de Rey para Jesús.

Así, en el Antiguo Testamento, el término Mesías se refiere a instalar a una persona en un cargo de manera que permita que la persona sea considerada acreditada por Yahvé. Así, la palabra Mesías viene de mashach, que significa ungir o unguir. Así que, Mesías significa literalmente el unguento.

En el Nuevo Testamento, la palabra Cristo, Christos, es la versión griega del Mesías. Así que, siempre que se habla de Jesucristo, se trata literalmente de Jesús el Mesías, tal como la versión griega de eso. Así que, el verbo en sí mismo significa nuevamente ungir o untar, y proviene de la idea del aceite de unción con el que generalmente se unge a los sacerdotes o a los reyes.

Nuevamente, esto ocurre a lo largo de los tiempos del Antiguo Testamento, antes y después de la monarquía. Así, el término Mesías, por ejemplo, se utiliza cuatro veces para referirse a los sacerdotes y al Levítico. Los sacerdotes eran ungidos, por lo que eran, en cierto modo, Mesías.

Se aplica a individuos reales, a reyes, 18 veces en 1 y 2 Samuel, y la mitad de estos pasajes tienen la frase Mashiach Adonai, el ungido o el Mesías del Señor, o el ungido del Señor. Por supuesto, dos veces en Crónicas, cinco veces en los Profetas de este último. En el primero, los Profetas aparecen 25 veces.

Todos los pasajes hablan de la unción de los reyes. Y, además, lo dijimos cinco veces en los últimos profetas. Isaías usa el verbo para referirse al ungido, y Daniel usa el verbo para describir el propósito de las 70 semanas, que era proporcionar tiempo para la unción del Santísimo.

Así que, al referirse a todo el fenómeno de la unción, se incluyen aquí los actos de designación, selección o elección. Así, la unción de los reyes, la unción de los profetas y la unción de los sacerdotes a veces se refieren a la consagración o a ser apartado. Recuerden, David tiene la oportunidad de matar a Saúl, y sus siervos dicen, oigan, pueden matarlo.

Y David dice, bueno, yo no voy a tocar al ungido del Señor, es decir, al Mesías del Señor. Él está apartado. Yo no tengo esa autoridad.

Nuevamente, el verbo se refiere a ordenar o conferir autoridad. A los elegidos se les asignaban tareas específicas. Nuevamente, los reyes tenían la autoridad para gobernar.

La unción de Moisés a Aarón y a sus hijos, la designación de sacerdotes y la autoridad del oficio profético se vieron reflejadas en la transferencia de poder de Elías a Eliseo. En última instancia, debemos considerar a Jesús, el Mesías, como el dador de la salvación. En la genealogía de Mateo, se nos dice que hay 14 generaciones desde Abraham hasta David, 14 desde David hasta el exilio y 14 desde el exilio hasta Cristo.

Y nuevamente, el término griego Cristo es el Mesías hebreo, el Ungido. Cuando Jesús pregunta a sus discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», Simón responde: «Tú eres el Mesías. Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

Pero, una vez más, no entendió completamente lo que estaba diciendo, o no comprendió realmente qué clase de Mesías sería Jesús. Creo que en ese momento, Pedro todavía pensaba que Jesús sería el guerrero que vendría a destruir a los romanos porque cuando Jesús les dijo que iría a Jerusalén y moriría, Pedro dijo que eso no debía suceder. Y luego Jesús le dijo: Quítate de delante de mí, Satanás.

Qué palabras tan duras para un hombre que acaba de decir: “Tú eres el Cristo de los vivos, el Hijo de Dios vivo”. Pedro no comprendía del todo lo que esto implicaba, pero sabía que Jesús era el Mesías. En Juan 4, después del incidente con la mujer junto al pozo, Jesús dice que Dios es espíritu y que sus adoradores deben adorarlo en espíritu y en verdad.

La mujer dijo: Sé que el Mesías va a venir. Cuando venga, nos explicará todo. Jesús le respondió: Yo soy el que habla contigo.

Algunos eruditos hablan del secreto mesiánico, de que Jesús no sabía que era el Mesías y no se lo dijo a nadie. Pues bien, estos versículos contradicen eso. Jesús sabía quién era y sabía que era el Mesías que había venido a salvarnos.

El Mesías trae la salvación, porque todos pecaron, escribe Pablo, y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia para la redención que vino por medio del Mesías, Jesús. Lo interesante de Romanos es que a veces se habla de Jesucristo; a veces se habla de Cristo Jesús. Y a veces nos preguntamos : ¿por qué? ¿Es solo cuestión de estilo? Bueno, parece que la iglesia en Roma estaba dividida entre creyentes judíos y creyentes gentiles, y a veces Pablo dice Jesús el Mesías, y a veces dice el Mesías Jesús.

Así pues, une a la iglesia a través de su manera de hablar de Jesús. En definitiva, este Mesías otorga perdón de los pecados y vida eterna. Porque la paga de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor.

Voy a terminar con esta cita de Brevard Childs, que dice: Para el cristianismo tradicional, la relación de Jesucristo con el Mesías de Israel no era problemática. ¿Acaso no había predicho todo el Antiguo Testamento, comenzando con Génesis 3:15, la llegada de un Rey y Salvador, que luego se cumplió en Jesús de Nazaret? Es una pregunta retórica. Por supuesto, estaba hablando de Jesús.

Pero no todo el mundo lo acepta. Cuando estuve en Israel por primera vez en 2005, vino un rabino a hablar con nosotros y tuvimos que hacerle preguntas. Le preguntamos sobre Isaías 53 y si aceptaban que Jesús era el Mesías.

Y él dijo: No. Él dijo: El Mesías para nosotros es un estado mental, algo así como el nirvana. Así que es muy interesante porque cuando rechazas a Jesús como persona, entonces tienes que interpretarlo de diferentes maneras.

Entonces, investigamos más a fondo. Dije, bueno, está bien, entonces sin el templo, ¿cómo se expian los pecados? Y de hecho nos envió a Oseas, Oseas 14, que era un versículo muy interesante. En Oseas 14:2, dice: Llevad con vosotros palabras y volved al Señor.

Dile: Quita toda iniquidad, acepta lo que es bueno, y pagaremos con toros los votos de nuestros labios. Así, dice, Ahora expiaremos nuestro pecado con los votos de nuestros labios. ¿No es eso conveniente? No hay sacrificio, no hay derramamiento de sangre.

Y sin embargo, la Biblia dice que sin derramamiento de sangre no hay perdón de pecados. Jesús es el Salvador. La pregunta es: ¿es Jesús tu Salvador? Esa es la pregunta.

Les habla el Dr. Tiberius Ratta en su enseñanza sobre la teología del Antiguo Testamento. Esta es la sesión 8, Dios como sustentador del pacto y Dios como dador de salvación.